

—¡Os suplico que me concedais esta gracia!

—Pues bien..... en mi biblioteca..... al media día...

—Aquí está, hija mia, dijo el príncipe, entregando el abanico.

Chamisso se alejó, y el príncipe condujo á su hija al carruaje que les esperaba afuera.

CAPITULO IV.

La hora de la leccion.

El sol ya se hallaba muy cerca del zenit, cuando la jóven princesa von der Leyen salia de su dormitorio, y se dirigia á su asistencia. Su hermosa y esbelta figura estaba envuelta en un túnico blanco que por su sencillez hacia realzar mas sus nobles formas.

Tambien la asistencia de la jóven era sencilla, aunque arreglada con gusto. Los muebles eran de ébano forrados de seda de color azul celeste, y las paredes estaban tapizadas con papel de igual color, miéntras grandes cortinas blancas de muselina bordada adornaban las dos ventanas y una alfombra de Persia cubria

el pavimento. Mesitas de mármol con piés dorados estaban cubiertas de juguetitos, cuyas figuras se reflejaban en los espejos de las paredes. Era muy bonito este aposento; pero carecia del excesivo lujo que era comun en aquel tiempo. En este respecto armonizaba con toda la habitacion del príncipe, pues aunque su menaje de casa era de buen gusto, quedaba muy atrás en munificencia del que usaban las demás personas de su rango. Tampoco las circunstancias pecuniarias del viejo príncipe le permitian mas ostentacion; pero sabia disimular su estado precario, aunque con grandes trabajos y artificios. El, por sí solo, habria quedado desapercibido en el gran mundo, porque era un personaje nulo, cuyo trato se hacia penoso por ciertas singularidades, que consistian principalmente en hablar casi siempre interrogando, empezando las frases con «¿cómo? ¿cuándo? ¿quién? ¿dónde? ¿qué?» y el que tenia la desgracia de caer en sus manos, no podia desenredarse de un torrente de innumerables preguntas. Por esto le llamaban sus conocidos «Oficina de interrogacion.» Esta manía se habia hecho en él una segunda naturaleza, de manera que su cara y todo su sér ya indicaban preguntas. Si se le miraba, preguntaban sus canosas cejas elevándose, preguntaban sus ojos, preguntaba su cabeza inclinada, preguntaban las arrugas de su frente, y preguntaban por fin, los pocos cabellos canosos que adornaban su cráneo.

Por todos estos motivos, no habrian convidado para

las grandes reuniones á este viejo príncipe, que fuera de esto tenia buen corazon, si no hubiera sido por su hermosa y amable hija, una de las estrellas mas brillantes de los salones de Paris en aquel tiempo. El mismo Napoleon la habia visto y distinguido varias veces, y aun referia la maledicencia, que tal distincion excedia de lo que podria agradar á María Luisa; pero la princesa recibia lo que le decia el hombre omnipotente, como uno de tantos homenajes inocentes que multitud de personas le habian tributado, y que escuchaba con indiferencia; solo tomaba ella interes por uno que otro hombre de ingénio, á causa de su inteligencia y de su saber. Pero este interes era diverso, por unos mas y por otros menos, y si se le hubiera preguntado con seriedad por quien se interesaba mas, habria respondido que por el hermoso jóven maestro, el poeta ingenioso Sr. de Chamisso, que la dirigia de un modo tan amable en sus estudios de la literatura y la historia. Mas ella aun no habia reflexionado sobre esto; solo que estas lecciones, que tomaba en presencia de una anciana tia, eran para ella un verdadero goce. No era de extrañarse, pues, que en aquellos momentos pensase en estas lecciones y en su amable maestro, tanto mas cuanto que en la víspera le habia pedido de un modo tan enigmático, que las recibiese en ese dia,

Pensativa acababa de entrar á su asistencia, y pensativa estaba sentada, apoyando su bella cabeza en una

mano y teniendo al frente su desayuno, que aun no tocaba.

—¿Qué querrá? se preguntaba á sí misma repetidas veces, sin encontrar una solucion satisfactoria. Sentia cierta inquietud..... una congoja, una palpitacion de corazon, que jamas habia experimentado. De ninguna manera podia recibirlo, estando sola, y por este motivo mandó á una de sus doncellas que suplicase á su anciana tia se sirviera concurrir á la biblioteca, á la hora de la leccion. Apénas habia salido aquella, cuando entró el viejo príncipe. Elena fué á su encuentro.

—Mi querida hija ¿cómo? dijo el anciano, abrazando á la jóven y dandole un beso en su frente pura, ¿he venido temprano.....? he venido á caso demasiado temprano?..... ¿acaso tienes sueño aún?..... ¿cómo? ¿estas algo pálida.....? ¿te hallas indispuesta acaso? ¿qué?.....

—¡Oh, mi querido papá! contestó Elena, con amabilidad y desentendiéndose de las demas preguntas, porque su amor filial no le permitia fijarse en las singularidades de su anciano padre.

—¿No fué una hermosa cena la de anoche? continuó preguntando el príncipe. ¿Cuánto habrá gastado á Metternich?..... ¿cómo?..... ¿mucho dinero?..... Lo creo..... ¿qué?..... y ¿no era una cena verdaderamente regia?..... ¿has visto jamas otra semejante? ¿qué?...

—No, querido papá, contestó Elena; pero debo con-

tesar que yo he puesto poco cuidado en la mesa. La concurrencia era para mí lo principal.

—¿La concurrencia? preguntó el príncipe. ¡Sí, sí! ¿Acaso el Humboldt?..... ¿cómo? ¿ó el Arago?..... ¿qué?..... ¿el lujo y la munificencia?..... y ¿no estabas engalanada como una reina?..... ¿y no estuvieron todos prendados de tí?

—Querido papá, le interrumpió Elena, sonriendo. Todos estos homenajes no son más que variedades, y yo no les doy ningun valor, mientras la conversacion con hombres de ingenio lo tiene siempre para mí. Me honro de conocerlos y de ser conocida de ellos; y ademas, su conversacion es siempre amena é instructiva.

—¿Y qué mas quieres aprender aún?..... ¿cómo...? ¿no ha llegado el tiempo de pensar en otra cosa?..... ¿qué?.....

—¿En qué? preguntó Elena inocente y candorosamente.

—¿En qué? replicó sonriendo el anciano. ¿Tiene mi querida hija, acaso, vocacion para la vida del claustro?... ¿cómo?..... ¿no ha pensado en casarse?

—Pero papá

—¿No has pensado de veras en encontrar un buen partido?..... ¿cómo?.....

—Esto seria mal visto en una jóven.

—¿Y no te encuentras muy aislada en este viejo palacio?

—¿No os tengo acaso á vos, mi querido papá y á mi amada tia?.....

—¿A mi hermana? ¡Bella compañía! ¿No está durmiendo siempre, consumida por el tedio? ¿qué?..... ¿Y á mí?..... ¡Oh, tú eres buena y amable!..... ¿Pero pueden estar eternamente las hijas con sus padres?..... ¿puedo él quedar con ellas?..... ¿cómo? ¿No ves mis canas?.....

—No habéis así, querido papá, le interrumpió Elena conmovida. ¡Qué Dios os conserve aún por mucho tiempo! Y siendo así, quedaré muy contenta de mi situación actual.

—¿Contenta? repitió el anciano príncipe, y un profundo suspiro salió de su pecho. ¿Quedarás también contenta, si te suplico que me devuelvas tus aderezos con la diadema de esmeraldas que anoche te adornaban como á una reina?

—Si los deseáis, lo haré con gusto, dijo Elena alegremente, dirigiéndose á una de las mesitas de mármol, en que estaban puestos los alhajeros.

—Vos guardareis mejor que yo estas alhajas.

—¿Guardar? preguntó el príncipe. ¿Crees, acaso, que las quiero para guardarlas?..... ¿cómo?.....

—Naturalmente, y os confieso querido papá, que mentiría si os dijera que no me gustaban; soy bastante joven para poseer alguna cosa que halague mi vanidad. Os confieso que anoche me sentaban á las mil maravillas.

El viejo príncipe volvió á suspirar.

—Siempre es bueno que guardéis estos aderezos, continuó Elena con candor; pero no es verdad, papacito, que me permitireis volverlos á usar cuando el príncipe Carlos Schwarzenberg dé la fiesta en honor del emperador y la emperatriz?

El anciano movió tristemente la cabeza, diciendo:

—¿Crees acaso que estas alhajas son mías?... ¿cómo?..

—Pero por amor de Dios, exclamó Elena asustada; ¿de quién otro pueden ser? ¿Habré llevado algunas alhajas?.....

—¿Que se han pedido prestadas? dijo el anciano tranquilamente. ¿Por qué no?..... ¿cómo?

—¿Pero porqué no me habíais dicho esto? exclamó Elena dolorosamente. Yo habria ido sin ningun adorno. Las piedras preciosas son muy bonitas, es verdad; pero no son ellas las que dan valor y significacion á las personas. Yo pienso que una clara inteligencia y un buen corazon, son las mejores alhajas que puede poseer un individuo.

—¿Y no quisieras poseer ningun aderezo?.... ¿aquí?...

—¿Porqué no? Todas las señoras de mi rango usan estos brillantos juguetes, y me alegraría yo si pudiera imitarlas; pero no porque les dé mucha importancia. No os afligáis, querido papá. Tomadlas y devolvedlas á quien pertenezcan, porque en todo caso quiero mejor ir sin adorno, que con uno prestado.

El anciano recibió las alhajas, exhalando un suspiro. Había en toda esta escena, entre él y su hija, algo muy humillante para la cabeza de la familia de un príncipe; pero del dolor sobre la ruina de la casa, hasta la esperanza de levantarla por medio de una hija encantadora, no había más que un paso. El príncipe miró pues á su hija con ternura, y le dijo:

—¿No está en tu mano, hija mía, devolver á la casa von der Leyen su antiguo esplendor?..... ¿cómo?... .

—¡Siempre ha estado sin mancha! contestó la joven con orgullo..... No necesitamos más, si nos amamos mutuamente y vivimos felices.

—No te acuerdas, lo que S. M. el emperador te dijo en la última fiesta de la corte?..... ¿cómo?.....,

—Algunos cumplimientos!.....

—¿Y qué más?

—Que S. M. se encargaría de mi porvenir.

—¿Y no has reflexionado de qué modo podía verificarse?

—No, de ninguna manera. No fueron más que palabras que frecuentemente dicen los poderosos. ¿Cómo había de pensar Napoleon, que está constantemente en guerra con el mundo, dirigiendo la suerte de las naciones, en una joven insignificante por más tiempo, que cuando la tiene á la vista?

—¡Vaya! dijo el príncipe; no se puede saber..... ¿có-

mo? ¿Y si tuviera que comunicarte una gran noticia?

¿Qué?.....

—Y cuál?

—¿Me das tu palabra de honor de no decir una palabra á nadie?..... ¿Cómo?

—Os la doy, padre mío.

—¿Y si el emperador se ocupara efectivamente de tu porvenir y de tu felicidad?

—¿Os chanceais?

—¿Cómo?..... ¿qué?..... ¿chancearme?,..... ¿Se chancea el emperador?

—No os comprendo.

—¿Qué dirás si esta noche?.....

—¿Qué?.....

—¿Estarás en casa?

—¡Sí!

—¿Sola?

—Con mi tía.

—¿Con tu tía?..... Es preciso que la envíes temprano á su cama.

—Pero, ¿por qué?

—¿Por qué?..... ¿qué?..... Porque así lo manda S. M.

—¿El emperador,

—¿Te asustas?

—No; pero no entiendo ni una palabra de todo lo que decís ó mejor dicho, de lo que no decís.

—¿No me entiendes?..... ¿cómo?.....

—Os suplico, padre mio, que habéis mas claro.

—¿Mas claro?..... ¿qué?..... Pues bien. Te alegrarías al saber que el emperador me ha anunciado que te haría una visita esta tarde?

—¿Quién? exclamó Elena levantándose bruscamente.

—¿Quién? repitió sonriendo el viejo príncipe. El emperador.

—¿Y qué quiere de mí?

—¿Lo que quiere? S. M. quiere hablar contigo sobre tu porvenir. ¿Cómo?..... ¿qué?..... ¿no tengo razon?.....

—Pero, ¡padre mio!.....

—¿Y si te propusiera un buen partido?.....

En aquel momento anunció la doncella á S. A. la princesa von der Leyen.

—¡Mi hermanal murmuró el viejo, y se levantó rápidamente. Luego se dirigió á su hija llevándose un dedo á la boca, recomendando el silencio, y se fué en el mismo instante que entraba su hermana.

Elena estaba tan sorprendida de la noticia que le acababa de dar su padre, que apenas notó la entrada de su tia que expresó su extrañamiento, porque Elena iba á tomar una leccion en un dia tan extraordinario. Ella

estaba inmóvil, con la mano puesta en la frente, los ojos muy abiertos, semejante á una persona á quien asalta una idea estraña, que jamas le habia ocurrido. El emperador queria, pues, tomar su suerte á su cargo, y ella sabia lo que queria decir esto. Era de suponer que Napoleón intentara compensar á uno de sus valientes generales, ó á otro empleado fiel y adicto, ó tambien agraciado á una familia de antigua nobleza, para conquistar su adhesion, y esta recompensa habia de ser siempre disponiendo de su mano, para lo cual poco importaban unos millones de dote que pagarian los fondos secretos. En esto estaba pensando, cuando la doncella anunció al Sr. de Chamisso que se hallaba en la biblioteca.

A la princesa Beatriz no le gustaba hablar mucho, porque le fastidiaba, opinando que en la alta sociedad no se podia decir francamente lo que se pensaba, de manera que contestó con una inclinacion de cabeza, sin proferir palabra, y siguió á su sobrina á la biblioteca.

Este local tenia las paredes cubiertas con estantes, adornados con columnitas labradas. En una de sus paredes laterales cerca de las ventanas, estaban los bustos de algunos autores célebres. Una mesa estaba cubierta con mapas; en un nicho, junto á la ventana, habia un gran sillón cómodo, y en medio del cuarto se hallaban una mesa para escribir y dos sillas.

Al entrar Elena con la tia, ambas saludaron al Sr. de Chamisso con una inclinacion muda. Beatriz von der

Leyen llevó á su sobrina á una de las sillas de junto á la mesa, y en seguida el Sr. de Chamisso tomó las puntas de los dedos de la anciana princesa, inclinándose también, y la llevó al sillón del nicho. Volvió á inclinarse mientras aquella tomó asiento, y luego ocupó una silla junto á la mesa. Este ceremonial se observaba siempre ántes de dar principio á las lecciones. Estas comenzaban luego, y al cuarto de hora se hallaban acompañadas de un ronquido de la anciana, que dormía profundamente en el sillón.

—Bien, dijo Chamisso, que en aquel día se hallaba muy pálido. V. A. me ha indicado la última vez, el deseo de tener un poema mio y la intencion de contestarlo con otro, para ejercitaros en el noble arte de la poesía.

—Así es, señor mio, contestó Elena inquieta, ¿y me lo habeis traido?

—Sí, mi princesa; aquí está. Hasta anoche pude hacerlo.

—¿Anoche? repitió Elena con significacion, arrojando al jóven una mirada interrogativa. Leédmelo.

Chamisso tomó la hoja y leyó; pero al hacerlo temblaban su voz y su mano:

«Von des Nordes kaltem Wehen
Wird der Schnee daher getrieben,
Der die dunkle Erde decket.....»

Dunkle Wolken zieh'n am Himmel,
Und es flimmern keine Sterne,
Nur der Schaeer im Dunkel schimmert,

Herb und kalt der Wind sich reget,
Schaurig stöhnt er in die Stille:
Tief hat sich die Nacht gesenket,

Wie sie ruh'n auf dem Gefilde,
Ruh'n mir in der tiefsten Seele
Dunkle Nacht und herber Winter.

Nicht der Frende Kränze zieren
Mir das Haupt im jungen Lenze,
Und erheitern meine Stirne:

Denn am Morgen meines Lebens,
Liebend und erfliehend Liebe,
Wandl' ich einsam in der Fremde,

Wo das Sehnen meiner Liebe,
Wo das heisse muss, verschmähet,
Tief im Herzen sich verschlieszen,

Herb und kalt der Wind sich reget,
Dunkle Wolken zieh'n am Himmel,
Und es flimmern keine Sterne.

Wie sie ruh'n auf dem Gefilde,
Ruh'n mir in der tiefsten Seele
Dunkle Nacht und herber Winter.

Leise hallen aus der Ferne
Töne die den Tag verkünden.
Wird der Tag denn sich erhellen?

Freudenbringend dem Gefilde
Wird er strahlen, Nacht entschweben,
Herber Winter auch entfliehen.

Und des Jahres Kreis sich wenden,
Und der junge Lenz in Liebe
Nahen der verjüngten Erde,

*Mir nur, mir nur, ewiger Winter,
Ew'ge Nacht und Schmerz und Thränen,
In verlornem Liebesschnen!*

«El frio norte nos trae la nieve que cubre la oscura tierra.

«Nubes oscuras pasan por el firmamento, y no brilla ninguna estrella; pero sí la nieve en la oscuridad.

«Desagradable y frio se mueve el viento, resonando lúgubre en medio del silencio. La noche avanza.

«Así como reposan en la campiña la oscura noche y el frio invierno, así habitan en lo profundo de mi alma.

«Las guirnaldas de la alegría no adornan mi cabeza en la jóven primavera, ni serenan mi frente:

«Porque en la mañana de mi vida, amando y pidiendo amor, camino solitario en tierra extraña.

«Donde el anhelo de mi ardiente amor, despreciado, debe encerrarse en lo profundo del corazon.

«Desagradable y frio se mueve el viento, resonando lúgubre en medio del silencio. La noche avanza.

«Así como reposan en la campiña la oscura noche y el frio invierno, así habitan en lo profundo de mi alma.

«Suavemente se perciben sonidos lejanos que anuncian el dia. ¿Se esclarecerá?

«Trayendo la alegría á las campiñas, brillará; desaparecerá la noche y tambien huirá el rígido invierno.

«Y se inclinará el círculo del año, y la jóven primavera se acercará en amor á la tierra rejuvenecida.

«Solo para mí, eterno invierno; eterna noche, y dolor y lágrimas en el anhelo perdido del amor.»

La voz del jóven se habia hecho conmovedora, y cuando dirigia su penetrante mirada á la princesa, aparecia una lágrima en sus ojos, lo cual era observado por aquella. Jamas le habia impresionado cosa alguna tanto como esta lágrima..... pero ella comprendia como por encanto, su situacion y la del amigo, y sonó en su interior como un himno de victoria. Pronto tomó papel y pluma; escribió..... y á pocos minutos entregó la hoja al Sr. de Chamisso. Una llama encantadora ardia en sus mejillas al dirigirle las siguientes palabras:

—He prometido una contestacion á vuestro poema tan hermoso como triste. Lee-lla.

«Heiter blick' ich, ohne Reue,

In des Himmels reine Bläue,

Zu der Sterne lichtem Gold.

Ist der Himmel, ist die Freundschaft,

Ist die Liebe mir doch hold!

Keine Stürme, keine Schmerzen,
Heit're Ruh' im vollen Herzen,
Kann es aber anders sein?
Blauer Himmel, treue Freundschaft,
Reiche Liebe sind ja mein!

Hat das Schicksal arge Tücke,
Sieh, ich fürchte nichts vom Glücke,
Heiter bin ich, wie die Luft.
Mein der Himmel, mein die Freundschaft,
Mein die Liebe bis zur Gruft!

«Serenó miro, sin recelo, el azul puro del firmamento
y la luz dorada de las estrellas, *porque el cielo y la amis-
tad, con el amor, me favorecen.*

«Ningún tormento, ningún dolor, sino tranquilidad ale-
gre en el lleno corazón. ¿Puede ser acaso de otro mo-
do? pues el cielo azul y la fiel amistad, *con rico amor,
son míos.*

«Aunque la suerte tenga sus cambios adversos; nada
temo de la dicha. *Alegre soy como el aire; mío el cielo;
mía la amistad, mío el amor hasta la tumba.»*

Chamisso leyó esta composición con un gozo indecible.
Mas y mas palpitaba su corazón y brillaban sus ojos.
Lo mismo sucedió á Elena; llevó sus manos al corazón
para contener sus crecientes palpitaciones, y al fin sus
ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Elena! murmuró el joven en voz casi impercepti-
ble, y no pudo proferir una palabra mas, porque la ale-
gría le oprimía el pecho y le ahogaba la voz. Entonces
abrió sus brazos y..... la joven cayó sobre su cora-
zón.

Fué una hora de la mas bella y sublime poesía de
la vida la que pasaron los dos jóvenes. La tia Bea-
triz estaba durmiendo suavemente el sueño del justo, y
tambien el corazón de los amantes habia adormecido
todos los cuidados.....

Mas, para ningún mortal, ni aun para los mas feli-
ces, duermen enteramente las penas, pues cuando Elena
y Chamisso despertaron de su primera embriaguez de
amor, recordaron la súplica hecha por el último á la
primera la noche anterior.

—¿Y qué cosa importante me teneis que comunicar?
le preguntó Elena, á quien en aquel instante se le vino
á la memoria la escena con su padre..... Un recuerdo
que caía como hielo sobre su corazón ardiente y lleno
de júbilo.

—Algo que me puede aniquilar, contestó Chamisso
á media voz, dirigiendo una investigadora mirada á la
tia que continuaba durmiendo en el sillón. Anoche
hácia el fin de la cena, circulaba una noticia.....

—¡Hablad! ¡hablad!..... dijo Elena.

—Que Napoleon pensaba casaros, mi amada Elena,
mi único bien, con el general La Reveillère-Lepaux,
hijo del que fué miembro del Directorio.

—¡Con ese! exclamó Elena.

Chamisso se puso pálido como la muerte, y dijo:

—¿Con que ya lo sabiais?

—Mi padre me hizo una indicacion superficial hace una hora.

—¿Y vos?

En ese momento se movió la tía en su sillón, abriendo los ojos. Mas Elena ya habia tomado la hoja en que estaba escrito su poema improvisado, y lo leyó.

Una mirada agradecida de parte de Chamisso la recompensó de estas palabras, dichas con calor y sentimiento. Luego se levantaron los dos.

—Hasta pasado mañana, dijo la joven princesa, con una indiferencia aparente. Luego exclamó para sí, no hay cosa mas bella y mas sublime en la vida, que la poesía, y repitió las últimas estrofas del verso.

—Fastidioso, hasta morir, murmuró la tía, levantándose del sillón, y llevando su fino pañuelo á la boca, para hacer menos notable un fuerte bostezo. Siguió una inclinacion mútua entre ella y Chamisso, á quien al alejarse le sonaba siempre al oído la última estrofa del verso «Tuyo es mi amor hasta la tumba.»

CAPITULO V.

Una noche en la casa de Enriqueta

Mendelssohn.

El sol se inclinaba á su ocaso: ya sus rayos caian tan oblicuos, que las casas y los árboles proyectaban sus extensas sombras á manera de gigantes, cuando en un pequeño y bonito jardín de la calle Richer estaban jugando una multitud de traviesas niñas, desde seis hasta diez años de edad, hijas de nacionales y extranjeros, cuyas niñas pertenecian en su mayor parte á un instituto, lo que indicaba la circunstancia de que casi todas